

SERMON

DE LA PROBIDAD Y LA RELIGION.

(DE NEUVILLE.)

PARA EL JUÉVES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.

Noli esse incredulus, sed fidelis.

No seas incrédulo, sino fiel.

San Juan, c. 20. v. 27.

Que la fe de la resurreccion de Jesucristo hallase contradicciones en los escribas, en los fariseos y en los pontífices, que en fuerza de sus erradas ideas, pasiones y conveniencias propias tenian tanto empeño en deprimir, en desacreditar, en disputar, en negar la gloria de los milagros del Salvador, ni os admira ni os debe admirar; pero que un apóstol obligado á Cristo nuestro bien con los vínculos de tantos beneficios y favores, testigo de tantas virtudes y prodigios, instruído é informado por el unánime testimonio de los demas apóstoles, se resistiese á creer con una obstinacion tan reprehensible, debiera ciertamente asombrarnos, y nos asombraríamos á la verdad, si lo que sucede entre nosotros, no comprobase las dudas temerarias que leemos de este apóstol incrédulo; porque, siendo como somos discípulos de Jesucristo, criados y alimentados en el gremio de nuestra santa madre Iglesia, ¿no hay fundamento para decir que esta Religion santa que profesamos, es tan poco conocida entre nosotros, como entre las naciones donde no se ha publicado jamas? Ignorancia tanto mas culpable, quanto no es efecto del nacimiento, de la educacion y de las preocupaciones, sino obra de la voluntad, del arte, del estudio; ni es una ignorancia que recibimos de otros, sino una ignorancia que nos adquirimos y granjeamos por nosotros mismos. Cierta espíritu de vana curiosidad, de disolucion, de libertinaje, de impiedad, disimulado con el velo de espíritu de reflexion, de ciencia y de sistema, ha ofuscado con tales sombras la Religion, que parece hemos olvidado lo que ella es, y lo que somos nosotros. Me explicaré.

Ya veis, amados oyentes míos, y bien sé que si todavía sentís algun amor á la Fe, no podéis verlo sin tomar parte en mi dolor, y en el desasosiego de mi zelo; ya veis digo, que sobre las ruinas del Evangelio de Jesucristo se va levantando la fábrica de un Evangelio de probidad mundana, á que reducen los hombres todas las leyes de la razon y de la Religion; que intentan convertir al pueblo cristiano en un pueblo filosófico; que reducen la suma de todas las virtudes al bien público, á las obligaciones de la vida civil, á la paz de la sociedad; que no conocen, ni quieren conocer otras leyes, ni otros principios, ni otra norma de costumbres y acciones; que tienen por glorioso timbre despojarse y degradarse del nombre de cristianos, preciándose de que los tengan por dignos del nombre y carácter de hombres de bien. De aquí procede la jactancia y orgullo de tantos impíos que se mofan de la Religion como de una cosa que de nada sirve al mundo, porque no entienden que la verdadera y sana probidad no tiene otros fundamentos mas sólidos que la Religion; de aquí la flojedad y tibieza de tantos malos cristianos, descuidados en el cumplimiento de lo que la Religion les manda, porque están persuadidos de que las obligaciones del cristiano se encierran en las de la probidad. Creer que la probidad no necesita de los auxilios y apoyo de la Religion, y creer que las obligaciones que la Religion impone, se limitan á las leyes de la probidad, son dos errores, á los cuales contrapongo dos proposiciones, en que dividiré la materia de este discurso. Para ser perfecto hombre de bien segun el mundo, es indispensable la Religion; proposicion y punto primero. Para ser verdaderamente cristiano, no basta ser hombre de bien segun el mundo; proposicion y punto segundo. En una palabra, solo la Religion hace hombres de bien verdaderos; y el ser hombre de bien solamente no basta para ser verdadero cristiano. Imploramos la gracia por la intercesion de María. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Sí, amados hermanos míos, no temáis decir de todo hombre sin religion, que no tiene verdadera probidad; que su probidad es una probidad vana y sin solidez, probidad frágil y vacilante, probidad aparente y exterior por lo comun; que por mas cordu-

ra, equidad y desinterés que aparente en su conducta, jamás será otra cosa todo ese aparato que un bosquejo, y (permitidme decir así) una imitación casual é imperfecta del verdadero hombre de bien. Porque ¿qué cosa, pensáis, constituye al hombre de bien, entendido este término con todo rigor? Constituyénle la vehemente é íntima persuasión de las obligaciones que debe al mundo, la disposición inalterable en cumplirlas, la rectitud de entendimiento y de razón, y la rectitud de corazón y de sentimientos. Y yo os digo resueltamente que estos dos caracteres de la verdadera y perfecta probidad no se hallan sino en la probidad que la Religión manda, y que se conserva con sus auxilios. Por qué así? Porque solo la Religión puede engendrar en el entendimiento una probidad fundada en sólidos é incontrastables principios, y solo ella puede engendrar en el corazón una probidad, que se conserve por razones poderosas y atractivos eficaces. De donde se sigue que solamente la Religión puede formar el verdadero hombre de bien según el entendimiento y la razón, y según el corazón y los sentimientos. No perdáis de vista esta importante verdad, que yo confío desterrar de ella las densas tinieblas, con que se la ha intentado oscurecer en estos últimos tiempos, y despojar á la impiedad de ese orgullo y vanidad con que insolentemente piensa que nadie la impugna, porque no hay quien sepa ni entienda los argumentos de que se vale para defenderse.

I. Siento desde luego que únicamente la Religión puede formar un hombre de bien según el entendimiento y la razón, según principios sólidos é incontrastables, según un convencimiento íntimo y certísimo. Prestádme vuestra atención; y para tratar con mayor claridad esta materia tan importante, para hacer patente lo que el delirio de los hombres ha procurado confundir y dificultar con tantos argumentos falsos, empecemos á examinar los auxilios y apoyos que tiene la probidad, para el cumplimiento de sus obligaciones, en la razón separada de la Religión; y hasta dónde llegan las fuerzas de la razón sola para formar un hombre de bien. Entiendo aquí por hombre de bien al que sabe reflexionar, pensar y discurrir, y que no solo no se deja arrastrar de sus inclinaciones, de las preocupaciones comunes y de la fuerza de la costumbre, sino que arregla su conducta y moralidad por el nivel y norte de sus ideas y opiniones.

Sin salir de nosotros, sin otra luz ni otro maestro que nosotros mismos, vemos y sabemos con toda claridad que la subordinación, la paz, la concordia y la felicidad pública no pueden subsistir sino en tanto que la justicia, la equidad y la humildad compongan un solo cuerpo, para explicarme así, y un solo hombre de todo ese cúmulo de hombres que diferencian entre sí las clases y los empleos, la desigualdad de condiciones y bienes, la diversidad de genios é inclinaciones, la oposición de intentos y de intereses; que para que la sociedad sea firme y duradera, es necesario que en el comercio se observe ingenuidad en las palabras, rectitud en el proceder, fidelidad inviolable en el cumplimiento de las promesas, noble emulación en cultivar y perfeccionar los talentos, nacida del deseo de la pública utilidad; que mirando el hombre la felicidad ajena como suya propia, tenga por ignominia y verdadera desgracia toda gloria, toda prosperidad que ensalce y engrandezca á un hombre con detrimento de los demás hombres; que por consiguiente el hombre de bien considerado con respecto á la sociedad, como yo le considero aquí, es aquel que ni conoce la indolente apatía de la ociosidad, ni los azorados bullicios del interés propio; ni la insensibilidad y dureza de corazón, que no dando entrada á la compasión benigna, nunca supo ni gustó del virtuoso deleite de verter lágrimas sobre las ajenas calamidades; ni el altivo orgullo, cuya ostentación desdeñosa llena de rubor al necesitado que recibe algunos escasos beneficios de su mano, por las bajezas á que le obligan; ni la engañosa y taimada política con que el astuto hipócrita sabe engañar, vistiéndose del traje exterior de la inocencia; ni las desenfrenadas pasiones de la avaricia, de la ambición y sensualidad que representan todos los días en el teatro del mundo tantos horribles casos deplorables é ignominiosos; que finalmente el hombre de bien es aquel que atiende más á las obligaciones de su estado y cargo, que á sus conveniencias propias; que pospone los oficios de hombre, á las obligaciones de padre, de magistrado, de príncipe, de súbdito, de soldado; ó por mejor decir, que saber ser padre, magistrado, rey, ciudadano, porque es hombre. Ya veis, y yo lo confieso, que para poner á vuestra vista este bosquejo del hombre de bien, no necesito valerme de los colores de la Religión, pues el conocimiento de las obligaciones del hombre bueno se derivan tan naturalmente del principio de la razón, y la

doctrina moral de los filósofos acerca de las obligaciones de la vida civil descende á documentos tan individuales, que el Evangelio no ha hecho mas que acrisolarla y perfeccionarla. Repito pues que la idea de estas obligaciones está radicada profundamente en una razon que se funda y estriba en la Religion; de suerte que toda doctrina que rompe los vínculos que unen al hombre con Dios, desata y destruye los vínculos que enlazan á los hombres entre sí. Y así bien entiendo yo que en el tribunal de la recta razon deben ser condenadas eternamente esas perniciosas doctrinas, esa falsa y sediciosa moral que no atribuye á la autoridad otro principio sino la violencia, madre de la tiranía, y la flaqueza, principio de la esclavitud; y esas opiniones abominables que gradúan la equidad, la sumision, la modestia, la amistad del agradecimiento, de preocupacion, de educacion, de política astuta que abusa miserablemente de la credulidad y sencillez de los hombres con el quimérico especioso nombre de bien público, á que todos se sacrifican, y cuyas dulzuras y conveniencias ninguno disfruta. Bien sé que esos perniciosos sistemas traen consigo grabado el sello de la reprobacion; que las vanas sofisterías con que ocultan su mortal veneno, caen por tierra y desaparecen á vista de las espantosas consecuencias que se deducen de ellos; que las mismas pasiones se avergüenzan de verse tan canonizadas, y que incluye ménos infamia ser un hombre vicioso por fragilidad é inclinacion, que serlo por sistema y por principios. Pero entiendo sin embargo (y sé que mi proposicion no tendrá nada de extraño para quien haya leído con reflexion estas materias) entiendo digo, que esos sistemas de tan poca fuerza y vigor contra una razon auxiliada de la Religion, no dejan de tener alguna contra una razon que no se ayuda de la Religion. Por qué así? Porque desde el punto que la razon no quiera conocer á un Dios por autor y protector de la sociedad, la misma razon suministrará máximas aparentes para trastornar las leyes de esa misma sociedad.

Máximas de libertad y de independenciam, que el hombre que no tiene Dios, no tiene superior, y que como es hechura de sus propias manos, todo se lo debe á sí mismo solamente; máximas de convenio recíproco y de contrato mutuo entre los miembros y el cuerpo de la sociedad, contrato que debe su ser y principio á la esperanza y deseo de hallar la propia felicidad en la

pública, y contrato por consiguiente que exige de mí que yo contribuya al bien comun, pero que no puede obligarme á que me sacrifique por él; máximas de decantada robustez de entendimiento, que desvelado en purgar al del hombre de las ideas ajenas que le inspiraron los designios de los políticos, la voluntad de los legisladores, la educacion, las preocupaciones y la costumbre, no reconoce mas obligaciones que las que él se imagina hallar en sus ideas primitivas. ¿Qué será pues de la probidad, á cuántas ilusiones, á cuántos engaños, á cuántos malos deseos no quedará sujeta, si erigido cada hombre en juez y en árbitro del derecho público, decide de él segun sus ideas y fines particulares? ¿Cuántas veces el flaco y limitado entendimiento no llegará á comprender sus obligaciones? ¿cuántas veces las pasiones le privarán del conocimiento de lo que sabe, ó le infundirán á lo ménos olvido de sus deberes? Máximas especialmente de prudencia y de cordura aparente, que fluctúa y permanece irresoluta entre la luz que le descubre sus obligaciones, y la profunda oscuridad que se las ofusca; pues apagada la antorcha de la Religion, queda el hombre hecho un misterio incomprendible á sí mismo, y su razon, cuya propiedad es juzgar de todo, no sabe algunas veces qué pensar, porque se siente estimulada de dos inclinaciones que nacen con ella, y que solo con ella fenecen; inclinacion á la perfeccion, pero una perfeccion la mas pura, la mas suave y la mas tranquila; é inclinacion al deleite, pero un deleite vivísimo, violentísimo, impetuósísimo; inclinacion á la virtud, que mueve, que atrae, que cautiva el entendimiento; é inclinacion á la felicidad, que conmueve, que altera, que apasiona, que enajena el corazon. Constituída digo la razon en este estado, rara vez puede el hombre seguir sus luces, sin hacer guerra á sus propios deseos; y así á cada instante se ve obligado á avergonzarse de sus deleites, ó á gemir bajo el yugo de la virtud. Pero en aquellas críticas circunstancias que ponen al hombre entre lo que parece que se debe á sí mismo, y lo que debe á los demas; cuando considera por un lado que la naturaleza no se propuso hacerle mas bien infeliz que vicioso; y por otro que son igualmente obra de la naturaleza las inclinaciones del corazon, que las luces del entendimiento; ¿cómo se atreverá á decidir la razon apasionada y vacilante? ¿se atreverá á condenarle á ser infeliz, ó á que deje de ser virtuoso? Esos nobles y costosos esfuerzos de un hombre

que se sacrifica por el bien público, serán ciertamente calificados de grandeza de alma, de elevación de entendimiento, de virtud heroica; pero ¿estarán estampados con el carácter que llevan obligaciones alta é incontrastablemente reconocidas?

No por cierto, amados oyentes míos; no hay ninguna cosa tan íntimamente conexas en nuestro entendimiento como las ideas de ley y de legislador, de religión y de virtudes intimadas por ella, de preceptos naturales y de un Dios autor de la naturaleza. Por esto la filosofía de los sabios de la gentilidad, recelosa de no viciar el corazón humano juntamente con el entendimiento, prefirió unos dioses, ejemplo y modelo de algunos vicios, á la irreligión que hubiera destruído todas las virtudes; por esto los sabios de Roma y de Atenas, y después de ellos los Padres de la Iglesia reprendieron con tanta vehemencia á los filósofos que derramaron en el mundo la ponzoña del ateísmo, echándoles en cara que su doctrina no abundaba menos en maldades que en errores; que tan enemigos se declaraban de los césares como de los dioses; que los tiros que asataban al altar, resurtían contra el trono, y que con el falso pretexto de libertar al pueblo de la servidumbre y temores de la religión, les abrían el camino para el desenfreno desatinado de todas las pasiones. Por esto en diferentes provincias de Europa hemos visto en estos últimos tiempos que esos hombres tan famosos por su ingenio y por sus delirios que han recaído en el precipicio del ateísmo, se han mostrado mas arrojados ó mas ingenuos que sus predecesores, y que teniendo realmente mas exactitud, mas método y mas habilidad para comprender todas las partes de un sistema, desprecian igualmente la probidad que la Religión, y se zumban de la estupidez del que cree todavía que hay obligaciones, después que dejó de creer que había Dios. Por esto se mira generalmente como dudosa y poco segura la bondad de un hombre sin fe, cual necesariamente es el materialista, á pesar de todas las astucias que sabe emplear la impiedad; y no temáis que nadie se fie de su amistad y fidelidad, si la experiencia de la bondad de su conducta no borra la idea de lo peligroso de sus opiniones, llegando á persuadirnos que sus sistemas le sirven solamente para norma de su creencia, y no para regla de sus costumbres; y convenciéndonos de que ni tiene tanta filosofía en el entendimiento, ni tanta perversidad en el corazón, que llegue á obrar conforme piensa.

Sin embargo es muy difícil que la parte de razón que ha conservado, equivalga á la que ha perdido, pues quien es capaz de olvidar á Dios, fácilmente negará las obligaciones que debe al hombre, porque las leyes de la naturaleza no se nos han anunciado con mayor claridad, que el mismo Dios que la fabricó. Cuando el hombre quiere afinar tanto las cosas y sutilizarlas, todo desaparece, todo se evapora, incurriendo en una especie de delirio; y en castigo de traspasar los límites de la razón, cuanto mas discurre, mas se alucina, y en fuerza de una fatal cadena de errores seguidos necesariamente unos de otros, viene á caer en el extremo, ó de no creer nada, ó de contradecirse á sí mismo, creyendo las cosas de que no hay pruebas ni argumentos mas convincentes que de las que no cree. Podrá sin duda pues tener probidad el hombre sin religión, tendrála alguna vez y en algunas circunstancias; pero una probidad de costumbres, de acciones, de conducta; una probidad de que muchas veces será deudor á la Religión, cuyas indelebles huellas y vestigios duran todavía en su interior á pesar suyo; una probidad hija de la gloria, del honor, del bien parecer; una probidad de educación, de costumbre, de imitación; una probidad de inclinación, de natural, de carácter; esto es, una probidad que al mismo tiempo que cede en elogio de su corazón, cede en oprobio de su entendimiento, porque una probidad derivada de puras y vivas luces, de conocimiento cierto, de sólidos y consecuentes principios, de máximas inalterables, solo la Religión puede comunicarla. Con efecto la razón nos dicta las ideas de orden, de justicia, de fidelidad, del bien público; pero cuando intenta levantar estas mismas ideas á la esfera de obligaciones, de preceptos, de leyes que obligan al hombre, si al mismo tiempo no nos pone delante ni al legislador que tiene derecho á nuestra sumisión, ni los premios con que será recompensada la virtud antepuesta á la felicidad, ni las penas con que será castigada la felicidad adquirida con detrimento de la virtud; la razón se subleva contra la razón misma, ayudando á derribar el edificio que intenta levantar; y muchas veces el que en tales circunstancias hace guerra á la razón, parece que va tan fundado como el que la defiende.

Qué es lo que hace pues la Religión? Levantando el velo que nos oculta los misterios de nuestro ser y de nuestra dependencia, nos manifiesta el origen de donde se derivan los vínculos y

leyes de la sociedad, haciendo que entendamos y oigamos en el mismo lenguaje de la razon la voz de aquel supremo Dios, que ha grabado con caracteres eternos su voluntad en lo mas íntimo de nuestra alma. Con que no es esta ya aquella razon que segun el delirio de algunos, no es otra cosa que el hombre mismo; sino una razon que, marcada con el sello del Dios cuyo intérprete es ella misma, reside dentro del hombre, revestida de autoridad tan suprema que reduce á su dominio sus deseos y apetitos. Con que no es esta ya aquella sociedad de hombres, empezada por la casualidad, fomentada por el instinto y propension, arraigada por el interes, conservada por la política; sino una numerosísima familia, cuya cabeza y padre, cuyo señor y protector es Dios: de modo que aquí desaparece y se hunde enteramente el hombre, y solo se descubre un Dios autor y vengador de las leyes de la naturaleza. Este grande y sublime espectáculo representaba san Pablo con viveza á los antiguos fieles. Hermanos míos, les decia, sabéd que las obligaciones del hombre no son otra cosa que las obligaciones del cristiano: es verdad que las obligaciones del cristiano son duras y dificultosas, y que muchas veces requieren una virtud robusta, que rara vez inspira la gracia en un corazon afeminado con la multitud de vicios. La ciencia hinchada de los filósofos de Aténas intentó vanamente hallar un cimiento firme é incontestable de la felicidad y paz mundana; pero en el hombre no vemos sino al hombre, ni observamos sino que las pasiones se desmandan cada dia mas contra la razón, y que la razon cada dia se muestra mas flaca contra las pasiones. ¿Queréis ver fundada la felicidad pública sobre cimientos sólidos é inalterables? Levantád los ojos á ese Dios, principio y origen de todas las cosas, contemplád cómo imprime en todas sus obras la estampa de su divinidad, cómo llena con su inmensidad la distancia y diferencia de todos los estados y condiciones, y cómo no se ve ni registra otro superior tanto sobre los que obedecen, como sobre todos los que mandan en el mundo, sino él solo.

¡O tú pueblo, continuaba el Apóstol, tú que te hallas reducido á la sumision y á la dependencia, no llegues á degradar la humanidad tanto, que hagas al hombre esclavo del hombre! Advierte que Dios es el que reina en los reyes, el que sentencia en los jueces, el que manda en los superiores, el que gobierna en los padres; á él solo deben dirigirse todos los obse-

quios, y el hombre solo debe recibirlos para ofrecérselos. Grandes del mundo, depositarios del poder y de la autoridad, entendéd que esa multitud de hombres que os reconocen por sus señores, os debe tambien experimentar padres, porque aquel Dios que recibe por vuestras manos los obsequios del pueblo, recibe por las del pueblo los dones de vuestro agradecimiento. Así que la mansedumbre (notád que habla todavía el mismo Apóstol, pues yo no hago mas que recopilar los diversos documentos que hallo esparcidos en sus Epístolas), la mansedumbre y afabilidad deben tener su asiento en el trono, porque Dios oye los suspiros y venga las lágrimas del pueblo: la equidad en los tribunales, porque nada ménos se pesa en la balanza de la justicia que los derechos y los intereses del mismo Dios; la paz y la concordia deben reinar entre el esposo y la esposa, porque quien ha formado el vínculo de su union, es Dios: los padres deben ser objeto de humilde gratitud y de veneracion rendida, y los hijos de una vigilancia pródiga y de amor benéfico, porque quien habla por la voz de la sangre y de la naturaleza, es Dios; y todos los hombres deben ser verdaderos en sus palabras, porque andan en la presencia del Dios de la verdad; fieles en sus promesas, porque quien las admite, recibe y sale fiador de ellas, es Dios; y compasivos y liberales, porque Dios ha depositado el remedio del pobre en el corazon y manos del rico.

De aquí resulta una elevacion de sentimientos que levanta á una alma generosa sobre las bajezas del interes, y que del bien que hace, no pretende otro premio que el gusto de hacerle en Dios y por Dios; un zelo inflexible y vigoroso que no teme conciliarse el desagrado y la indignacion de los hombres, en la administracion de la justicia, con tal que sea fructuosa; una fidelidad que ni flaquea con la esperanza, ni se acobarda con el temor; un agradecimiento á los beneficios que no se acaba con el valimiento y la fortuna del bienhechor; un amor á la verdad y á la probidad que mira la felicidad y el triunfo del que se engrandece por medios inicuos y viles como una desgracia mas ignominiosa que la caída del que se ve derribado por los tiros de la pérdida envidia; y que entiende que nada importa cuanto se padece, si no remuerde la conciencia.

Pero en el sistema del que no reconoce otro superior, otro legislador, otro fin, ni otro premio que á sí mismo, no hallaréis

sino vocablos vacíos, máximas pomposas, virtudes llenas de orgullo y vanidad, sostenidas con la esperanza de la gloria vana contra los incentivos del amor sensual; virtudes que apenas se atrevería á dictar la razón á quien se sintiese sin el aguijón de las pasiones; veréis á lo sumo unas obligaciones dudosas, inciertas, llenas de oscuridad; en vez de que estas mismas obligaciones consideradas segun los principios de la Religión, son estrechas y urgentes, porque tienen por fundamento y basa el imperio y la autoridad de todo un Dios; son unas obligaciones alta y paladinamente confesadas por todos, porque la Religión concuerda con la razón misma sobre la naturaleza y extensión de sus deberes. Ella declara al hombre el misterio de sus inclinaciones tan opuestas entre sí; le dice que el tiempo de esta vida mortal y momentánea es tiempo de combatir y de atesorar méritos, á que sucederá otro tiempo de paz y de serenidad; que aquel Dios que aflige, remunerará con prodigalidad; que cumpliendo el hombre con las leyes de la sociedad, lo que sacrifica á una virtud estéril é infructuosa, no es por cierto una felicidad permanente, sino un gusto transitorio y sin jugo, pospuesto á deleites que durarán siempre y no se agotarán jamás. De este modo desvanece la Religión las dudas, confunde y destruye los pretextos, ilustra y fortalece la razón, infunde en el entendimiento una luz y convencimiento interior de sus obligaciones, comunica al hombre la probidad de entendimiento y de razón; y además de esto le comunica la probidad de corazón y de afectos, que es el segundo carácter del hombre de bien; lo cual solo puede ser obra de la Religión.

II. Carácter tan necesario, que sin él no hay verdadera probidad; y esto es puntualmente lo que no ha considerado, ni querido que se considere ese hombre de tan perspicaz y despejado ingenio, que con afrenta de la razón humana, y contra el dictámen de todo el universo, ha tomado á su cargo desvergonzadamente la apología del ateísmo, defendiendo que una nación de ateístas puede ser una nación adornada de virtudes morales: pondera para esto la fuerza de la educación, el imperio de las preocupaciones, el temor de las leyes humanas, y opina que la bondad puede hallarse, y que en efecto se halla muchas veces en las costumbres, aunque el ánimo carezca de ella. Así es ciertamente; porque ¿quién duda que el interés tiene notoria destreza para disfrazarse y vestirse del traje de la

bondad? Pero ¿cuándo la virtud de que carece el hombre, hizo á ningún hombre virtuoso? Desengañémonos; la probidad que no está radicada en el alma, no puede acreditar al hombre de bien, y solo sirve de velo para ocultarse el malvado. Porque cuántas pasiones compiten y se disputan el imperio de un corazón, á quien la probidad tiene que sujetar á sus leyes? Atrévome casi á decir, que el cumplimiento de las obligaciones peculiares y propias de la Religión cuesta sin comparación ménos que el de las de la razón; que la moral del hombre de bien es en cierto modo más rigurosa y estrecha que la moral del cristiano; porque lo que en la observancia del Evangelio es más repugnante y dificultoso, no es tanto lo que pide para Dios, como lo que exige para el mundo. Considerád á un magistrado, que solo emplea para su desahogo y negocios propios los ratos que le deja libres su ministerio público; que nunca se tiene por bastante instruído en la ciencia legal, tan vasta y superior al entendimiento más capaz; ni con bastantes luces para salir de un laberinto cuyas intrincadas calles se aumentan y dificultan más y más por la multitud de las pasiones; que siendo en el trato común de la vida amigo fiel, compasivo y oficioso, sentado como juez en el tribunal, sentencia valerosamente contra la persona á quien ama, y echa un candado á su corazón para no dar oídos, ni permitir que levanten la voz sino la justicia y la equidad; considerád á un comerciante, un hombre de negocios, á quien por la real hacienda se le ofrece una ocasión favorable de hacer una fortuna rápida y brillante, acompañada de la esperanza, todavía más halagüeña, de ocultar y esconder á los ojos del público el misterio de su repentina elevación; considerád á un cortesano que no ofrece al altar de la privanza ni el incienso de una adulación vil, ni el tributo de una condescendencia indecorosa, ni el sacrificio de una conciencia cobarde y dispuesta á venderse, ni los suspiros y quejas de una amistad fementidamente abandonada; considerád á un hombre constituido en una alta dignidad, á un grande, que desearía vivir como un hombre del pueblo, que conoce que la aparente grandeza que le agobia, no es más que una intolerable servidumbre que le esclaviza; que reducido á ser esclavo de cuantos al parecer es señor, no puede estorbar que sus beneficios hagan continuamente ingratos, y su rectitud descontentos; que ni puede esperar justicia para sus virtudes, ni gracia para sus de-